

Fernando Ortiz

*La Secta Conga de los  
«Matiabos» de Cuba\**

**D**esde que publicamos en 1916 nuestro libro *Los Negros Esclavos* hemos combatido la creencia, por entonces muy común, de que los negros africanos tenían tal inferioridad en la escala de la cultura humana que por naturaleza eran irremediablemente serviles y como predestinados a la esclavitud. Esta prejuiciosa idea venía de la remota antigüedad, era atribuida a Aristóteles y servía para justificar filosóficamente la esclavitud, tenida como institución de origen «natural». La teoría aristotélica se aplicaba así a blancos como a negros; pero para justificar dentro de la cultura judeo-cristiana la esclavitud de los negros de Africa y luego la de los indios de América, se inventó una nueva teoría, tan falsa como la anterior, aunque se decía que estaba basada en la Biblia. Según el libro del Génesis, Noé después del Diluvio Universal inventó el vino, exprimiendo el jugo de las uvas y dejándolo fermentar. Bebiéndolo sin conocer sus excitantes efectos, el patriarca cayó en un estado de embriaguez impropio de su elevado rango, y Cam, uno de sus hijos, al observar sorprendido las extravagancias que hacía «el viejo» en su insólita condición de ebrio, se río de él; por lo cual Noé maldijo a toda su descendencia, condenándola por generaciones y generaciones a que fuesen esclavos de las estirpes de sus hermanos Sam y Jafet. Aunque la Biblia en realidad no contiene tal maldición, esta fábula fue propagada durante siglos

\* Este artículo se publica por primera vez en *Islas*, III(3): 39-52, Universidad Central de Las Villas, mayo-agosto de 1961 (N.del E.)

contra *la gente de color*, así negros como indios, y lo mismo por los teólogos católicos que por los protestantes.

Con referencia a Cuba fue mantenida esa anticristiana creencia, aun después de iniciada la guerra independizadora de 1895, en un libro titulado *La guerra separatista de Cuba* que se publicó en Madrid por el P. Juan Casas, entonces Provisor del Obispado de La Habana. Pero no tenían razón el pagano Aristóteles, que según el P. Bartolomé de las Casas está en los infiernos, ni los clérigos de la impia exégesis, que ocaso estén con aquel filósofo, metidos en un mismo calderón. No hay razas nobles ni serviles, por obra de la Naturaleza ni por castigo bíblico. Y los negros, como las demás gentes, han sido esclavos y también han roto sus cadenas y sacudido su esclavitud siempre que han podido, en Europa, en América y en todas partes.

Ya en 1503, antes de ser conquistada Cuba, cuando ya comienzan a abundar los esclavos negros en la isla Española, allí introducidos por los Reyes Católicos, el gobernador del Nuevo Mundo tuvo que escribirle al rey Fernando V que no le enviase más negros esclavos porque se rebelaban y se unían con los indios. Pocos años después, el Virrey don Diego Colón sufrió una insurrección de esclavos negros. En 1528 se dispuso que no se trajesen a Cuba negros de la vecina isla Española, porque incitaban a los indígenas a que se alzasen; y en 1538 el nuevo alcalde mayor de Santiago de Cuba halló que muchos negros sublevados mataban a españoles y a indios y tenían tan aterrada la población que «nadie osaba andar por la tierra». Y así ocurrió siempre que los esclavizados tuvieron oportunidades y esperanzas de librarse de la esclavitud, la cual fue institución mantenida por la fuerza y consagrada por leyes y religiones.

En toda América, sin exceptuar a Cuba, mientras duró la esclavitud hubo esclavos que se fugaban a los montes y se quedaban en ellos para siempre, formando a veces poblados con sembradíos de conucos y corrales de aves y cerdos, ya hasta con palizadas y trampas, a manera de fortificaciones. Algunas de esas defensas eran muy usadas en Africa, consistentes en estacas puntiagudas o púas de madera que se clavaban en tierra con su aguda punta hacia arriba, ligeramente cubiertas con tierra y yerbas para que los atacantes, que ignoraban la estratagemma, pasaran sobre ellas y se hincaran los pies, inutilizándose así para la marcha. A veces los esclavos *apalencados*, tenían fusiles y

pólvora, que conseguían por robo en los ingenios y cafetales o por comercio con los campesinos, cambiándolos por cera, miel de abejas, plátanos, viandas y cueros. Con frecuencia usaban toques de tambores, que llamaban a guerra y «hablaban lengua», entendiéndose así desde lejos con las negradas de las dotaciones en los ingenios; por lo cual el Capitán General Espeleta prohibió el toque de tambores en los bateyes para evitar ese peligroso diálogo con los *palenques*, que abundaban en las regiones, montañosas.

En la historia de toda América son célebres tales caseríos y reductos de negros *apalencados*. Famosos sobre todo fueron los *quilombos* del Brasil, entre ellos el de *Palmares*, organizado bajo la autoridad de un rey, cuya independencia duró más de un siglo resistiendo muy fuertes ataques militares. En algunos países, como en la Guayana Holandesa y la colonia inglesa de Jamaica, los negros rebeldes triunfaron plenamente en el siglo XVIII que les fue reconocida su independencia, en ambos casos, por sendos tratados firmados por plenipotenciarios de sus respectivas Reales Majestades. La guerra contra los *cimarrones* (en inglés, *marroons*) de *Blue Mountains*, en Jamaica, fue crudelísima y muy tenaz. Se llevaron a ella desde Cuba centenares de feroces perros de presa con despiadados *rancheadores*, de los que aquí eran diestros en perseguir y capturar esclavos; pero nada bastó para dominar a los negros *jamaiquinos* y la guerra terminó cuando S. M. el rey de la Gran Bretaña firmó un tratado con el jefe de los rebeldes *Marroons*, conociéndoles que su territorio y gobierno en las montañas Azules quedaban independientes. Estos tratados jamás fueron tenidos como verdaderos pactos internacionales por las potencias coloniales, y con el tiempo cayeron en desuso; pero todavía los negros nativos de esas regiones de los heroicos cimarrones tienen cierta autonomía, apartada de los gobiernos de Surinam y de Kingston.

También en el Verreinato de México y en otros países continentales hubo, ya en el siglo XVI, rebeliones de esclavos negros, y no pocas veces se pusieron de parte de los enemigos de sus amos, o sean los piratas, filibusteros y bucaneros que atacaban los emporios coloniales de España. Y en las rebeliones y guerras de independencia de los pueblos de Suramérica figuraron los negros y mulatos como soldados y como jefes, muy honrados en vida por sus heroísmos y luego con estatuas memoriales.

En los *palenques* de Cuba, así por la Sierra Maestra como en la Sierra de los Órganos, junto con los esclavos *cimarrones* hubo negros emancipados, horros o libres, y no pocos blancos fugitivos de la justicia; y a mediados del siglo XIX también se mezclaron con los apalencados, muchos indios *yucateros* y *apaches* de los millares que fueron traídos desde México a Cuba como «contratados», prácticamente como esclavos, cuando la trata negrera fue muy perseguida y costosa y las convulsiones internas mexicanas, proporcionaron prisioneros de guerra que en Cuba se compraban para las plantaciones. Toda la fragosa serranía oriental, desde *Campechuela* (diminutivo de Campeche), *La Maya* (por la india *maya*), hasta Yateras, Guantánamo, Banes y Baracoa, se llenó de esos *palenques*; y de sus poblados proceden los numerosos mestizos, que la fantasía romántica llama «indios» y se empeña en suponerlos descendientes de los aborígenes y contemporáneos de Hatuey y Guamá, de los de hace cerca de cinco siglos, y no de los mexicanos que llegaron apenas hace una centuria. A ese error, muy generalizado en Cuba, fue arrastrado por erróneas informaciones locales y sin fundamento científico alguno, un antropólogo inglés. Tuvimos ocasión de impugnar oralmente sus conclusiones en el Congreso de Americanistas de 1952, celebrado en la Universidad de Cambridge; pero no logramos convencerlo de lo infundado de su tesis.

También en Cuba, a comienzos del siglo XIX, con los negros rebeldes y *apalencados* hubo conferencias, pactos, salvoconductos y «papeles» firmados por el Gobernador y el Arzobispo de Santiago, en los cuales se hacían tratos «de paz y libertad» con los representantes de los negros, «como si fueran plenipotenciarios de un gobierno reconocido». Así se observa en el estudio publicado no ha mucho por el historiador Francisco Pérez de la Riva. En la toponimia de toda Cuba hubo y todavía se conservan muchos poblados denominados *Palenques* o *Cimarrones* y otros con nombres en lenguas africanas (*Songo, Hongolosongo, Bemba, Arabos, Motembo, Magarabomba, Cambute, Cañongo, Camarioca, Managua, Manacas, Jimaguayú, Zaza, Cacarajícara, Chambas*, etc.), que en sus orígenes fueron refugio de cimarrones o lugares de negros.

Esto aparte, piénsese en la triunfante revolución separatista de Haití, a fines del siglo XVIII, y su independencia lograda contra las fuerzas de Napoleón y reconocida internacionalmente

antes que se libertaran las otras colonias latinoamericanas, y se comprenderá cuán errónea fue la creencia de que los esclavos negros no sentían el anhelo de su libertad.

Sería ocioso que señaláramos aquí, por ser bien sabidas, las rebeliones y resistencias que los negros y mulatos realizaron en Cuba para romper sus cadenas y cepos y ganarse las libertades. Bastará citar como famosos héroes históricos el moreno Aponte y al pardo Maceo. Sin la liberación de los esclavos y sin la cooperación de los negros, el pueblo cubano, del cual aquéllos formaban parte integrante, no habría podido alcanzar su independencia nacional. La fecha de abolición de la esclavitud, declarada por los libertadores cubanos en armas, debiera conmemorarse anualmente en Cuba, como la efemérides del 10 de octubre y la del 24 de febrero.

Es incierto, y sería pérfida demagogia sostenerlo, que todos los negros fueron separatistas. Así como en los ingenios y cañales hubo mayoriales «de color», que también *ajilaban* a los esclavos para la *fagina* a fuerza de rebencazos, así en las ciudades populosas habían negros horros o aun en servidumbre que estaban resignados con su situación personal, la que les daba a veces ciertas seguridades de relativo bienestar y buenas esperanzas de emancipación. España, sin duda, contó en Cuba con batallones y guerrilleros *morenos* y *pardos*; pero siempre fueron minoría, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX cuando, con la abolición de la esclavitud por los *mambises*, ya los cubanos, blancos y negros, podían trabajar juntos no sólo como separatistas de España, sino como independizadores de su patria común con instituciones democráticas, republicanas y electoralmente igualitarias.

En esas luchas por la libertad intervinieron hasta los más incultos negros africanos, muchos de los bozales recién traídos de África, que en las plantaciones y partidos rurales habían logrado fugarse a los bosques y serranías como *cimarrones*, *apalencarse* y vivir aislados, aun sin ajuste ni transculturación a la vida cubana, e inconscientes de la integración nacional y política que por los criollos se trataban de conseguir.

Es interesante observar cómo en esas rebeldías e insurrecciones de esclavos africanos, éstos practicaban los ardidés estratégicos que les eran usuales en África. Ya citamos los medios materiales, las empalizadas, fosas y trampas de que se valían, así

como las macanas, lanzas y machetes que tenían a su alcance. Pero también usaban recursos de religión y de magia. Acaso el más eficaz de éstos era el suicidio, que es la última defensa del desesperado. Como los indios cubanos a veces se libraban de la opresión de los conquistadores por el envenenamiento con jugo de yuga agria o con la ponzoña de cierto rejalgar, así como los negros se mataban no sólo aisladamente sino por grupos, produciéndose por su sugestión epidemias de tanatomanía. Indios y negros creían que en otra vida ultramundana les iría mejor. A veces se suicidaba gran parte de la dotación de un ingenio, creyendo que al morir resucitaban allá en su tierra africana. Tan arraigado fue este criterio que cuando un negro se suicidaba los mayores de la plantación lo mutilaban para que así al resucitar no pudieran hacerlo íntegramente. Estos suicidios por grupos eran a modo de una «huelga de brazos caídos», perenne e invencible, que hería de modo inexorable los intereses del amo. Era ésta una liberación total de los esclavos; una estrategia religiosa que ellos creían definitiva y triunfadora. Pero no era la única estrategia africana de ese género a que acudían los negros.

Es perfectamente comprensible que los bozales al sublevarse o hacerse cimarrones llevaran consigo sus creencias, ritos, ídolos y magias y que las aplicaran en su nueva vida insurgente, como medios de ofensa y defensa. Es histórica la intervención de los sacerdotes y brujos negros en las heroicas luchas de los esclavos afrohaitianos por conquistar su independencia. Dessalines era «hijo» del dios *Loko* (en lucumí, *Oricha Oko*), como aún cantan en los templos o *jun-fó* del *vodú*. Tales creencias ancestrales se reflejan en el pabellón nacional, de aquella república, creado por Petión. Los colores y trofeos guerreros de la bandera de Haití son los de *Ogún* el dios bélico de los dahomeyanos y yorubas. La alegórica palma real, que con un gorro frigio figura en el centro de su escudo, es la del dios *Aviazán* (en Yoruba, *Osain*), emblema de poder. Las tropas del rey Christophe entonaban un himno de guerra compuesto con la música de una canción infantil francesa y la letra de un conjuro maléfico de los *tata ngangá* congos.

¡Jei! ¡Jei!, ¡bomba! ¡Jei! ¡Jei!  
Kanga *Bajiote*,

*Kanga Mundéle*  
Kanga Ndoki (Ia)  
Kanga (Ii)

Es el himno que luego los dominicanos convirtieron caprichosamente en un *Areito de Anacaona*, ¡una supervivencia de la música india precolombina!, cuyos versos en lengua kikongo traducimos al castellano en nuestro libro acerca de *La Africana de la Música Folklórica de Cuba*.

Así como los blancos en sus guerras se encomendaban a San Jorge, a San Pedro o al Apóstol Santiago y hasta a la Santísima Virgen María (que en algunos países aún recibe el título militar, el bastón y la paga de *Capitana Generala*), así los negros africanos invocaban a *Ogún* o a *Nsambí M Pungo*; y se valían de sus conjuros y ritos como los cristianos de sus rogativas y bendiciones. Consta, por ejemplo, que en una sorpresa de *palenques*, cerca de Batabanó, verificada en la primera mitad del siglo XIX, le ocuparon al negro cabecilla Mariano Mandinga, «cuatro jabucos con objetos de brujería». Cuando, hace ya una cuarentena de años, estuvimos hojeando y ojeando en el Archivo Nacional de Cuba los legajos de la causa instruida por las autoridades coloniales con motivo de la famosa *Conspiración de la Escalera*, hallamos algunas referencias a muertes y envenenamientos de mayores de ingenios producidos por medio de bebedizos con brujería. En las guerras de independencia solían llevarse, por blancos y negros de ambas banderías, sendas, medallas, escapularios, detentes, talismanes, amuletos, collares, *makutos cargados*, *resguardos* y otros objetos mágicos similares para ser invulnerables contra las balas y todo género de acechanzas enemigas o «cosa mala» que les pudiera ocasionar desgracias o muerte. No cabe duda de que, en la llamada «guerra de los diez años» (1868-1878), los negros fugitivos recién libertados celebraban en las maniguas sus embrujos, sortilegios, ceremonias, cantos y danzas tribales. Antonio Zambrana, en *El Negro Francisco*, novela de costumbres cubanas, habla de ciertos negros *mambises*: «sus compañeros y él, acostumbraban reunirse periódicamente para celebrar los ritos singulares y fantásticos que prescribía la religión de sus padres, que entonces un negro anciano refería *una historia de la patria* en una canción compuesta por él. Un refrán melancólico que iba detrás de cada estrofa,

que salmodiaba el viejo cantor, era entonado por todos, y encerraba siempre en una frase enérgica el tema de la narración. Nosotros, que durante la guerra de Cuba, hemos tenido oportunidad de asistir a estas ceremonias, sentimos no poder encerrar en algunas líneas una idea completa de la elocuencia salvaje y poderosa que hay en esas leyendas místicas, obra de un patriotismo que el espectáculo de la civilización no extingue».

En la «guerra de los diez años» ocurrieron los más interesantes episodios de esa africana *estrategia de magia*, practicada por los cimarrones bozales. Fue famosa en la manigua insurrecta la brujería de los *matiabos*.

Carlos Manuel de Céspedes, por el artículo 8 de su memorable decreto de 27 de diciembre de 1868, dispuso lo siguiente: «Serán declarados libres desde luego los esclavos de los *palenques* que se presentaren a las Autoridades Cubanas, con derecho bien a vivir entre nosotros o a continuar en sus poblaciones del monte, reconociendo y acatando el Gobierno de la Revolución». Por ese decreto «las poblaciones del monte», o sean las de los *palenques*, quedaban incorporadas a *Cuba Libre*; y aun después del llamado Pacto del Zanjón, que no fue en realidad sino una tregua forzosa, las «poblaciones del monte» siguieron libres y aisladas a manera de reducciones o refugios *mambises*, esperando la reaparición de la estrella cubana en una nueva alborada de sangre. Esto no fue sin excepciones lamentables, pues casos hubo harto bochornosos en que ciertos jefes insurgentes, al terminar la guerra, hicieron porque algunos grupos de sus soldados negros, *aunque ya libertados y libertadores*, perdieran de nuevo su libertad. Así lo refirió el General José Lacret a otro gran *mambí*, el Coronel Ramón Roa, quien lo consigna en su realista libro *A pie y descalzo*. «Los jefes de las fuerzas sublevadas que se sometieron al comandante general español del departamento oriental, en su mayoría obtuvieron una tregua, como era de rúbrica, para realizar el acto; pero durante su transcurso se avistaron con los dueños de los cafetales, cuyos esclavos constituían el grueso de las fuerzas concentradas, al frente de las cuales, con su poderoso concurso, habían clamado libertad, para ajustar la remuneración per cápita que correspondía a la restitución de aquellos siervos a sus antiguas labores». Algunos atribuyeron esa actitud a una represalia contra los *matiabos*.



¿Quiénes fueron los *matiabos*?

Por *matiabos* o *matiaberos* se entendían ciertos cimarrones apalencados y belicosos, que durante aquella larga guerra de independencia cubana estuvieron muy en contacto con las fuerzas *mambisas*, en Oriente, a veces a su lado participando en la contienda, pero produciendo en ocasiones tropelías y desórdenes. En nuestro libro *Los Negros Brujos*, de 1906, escribimos: «en un artículo publicado por F. López Leiva en *La Discusión*, de La Habana, el 13 de agosto de 1903, se refiere por un testigo ocular el siguiente curioso caso de adivinación en un *palenque*: «A poco tropecé con una partida de negros desarmados y medio desnudos. Me dijeron que eran cubanos y me condujeron al campamento de su jefe. Yo había oído hablar algo de los *matiabos* y sabía que éstos eran cimarrones que vivían ocultos en los montes, huyendo, guardándose tanto de los cubanos como los españoles, siendo mitad brujos y mitad *plateados* o sean bandoleros que alegando ser afiliados a uno de los ejércitos beligerantes cometían toda clase de delitos. El campamento de los *matiabos* estaba situado monte adentro en un claro como de dos vesanas de tierra. En el centro había una especie de altar hecho con ramas y cujes, y encima de todo aquel catafalco habían puesto un pellejo de chivo, relleno de tal suerte que parecía vivo. Dentro de la barriga y sobre el altar tenía mil porquerías, tales como espuelas de gallo, tarros de res, caracoles y rosarios de semillas. Aquel pellejo era el *Matiabo*, el dios protector del campamento (...). Recuerdo todavía —dice el *mambí* Cástulo Martínez— el modo de explorar la tropa que tenían los brujos aquéllos. Puestos en rueda alrededor del chivo, cantaban el *taita*: *Buca guango, joya guango...* y el coro *repetía*: *cácara, cácara, caminando...* y empezaban a gritar y saltar como endiablados. De pronto a una de las negras, porque también había mujeres, se le *subía el santo* y le daba una *sirimba*. Caía al suelo revolcándose, echando espuma por la boca, y el resto del *palenque* seguía cantando como si tal cosa. Luego *taita* Ambrosio se dirigía a la accidentada y le preguntaba tocándole la cabeza: *Ma' fulana, ¿dónde etá la tropa? Toropa ma ceca*, en tal punto, respondía ella, sin dejar sus revolcones. Y el punto señalado estaba siempre a diez o doce leguas de distancia. Los *matiaberos* repetían el nombre del lugar y armaban el *escándalo padre* con sus gritos y los toques de tambores, forrados con piel de jutía. «Yo miraba todo aquello con

curiosidad y temor, porque sabía que aquellas gentes en algunas ocasiones habían rociado el chivo con sangre humana».

El célebre escritor mambí Ramón Roa, con su pluma clara verista e incisiva, ya con anterioridad había referido en síntesis quiénes eran los *matiabos*. «Ofrecimos al brigadier nuestros servicios, los cuales, con mil amores fueron aceptados, para honrar nuestra visita, agregándonos consecuentemente al estado mayor de aquella flamante brigada compuesta, cuando a infantería, de refunfuñadores *matiabos*, secta endiablada y misteriosa de hombres ignorantes y ultraviciosos los que en aquellos tiempos eran cazados a viva fuerza para traerlos a prestar servicios a la república, ya que de míseros esclavos habían pasado a ser ciudadanos libres. Eran los *matiabos* dados a su cantinela de *Cubilé, cubilé, cubilín nganga, cubilé*, más que a montar guardias y a pelear; y llegaron a convertirse en una plaga tan funesta y peligrosa que necesario fue tiempo adelante averiguar quiénes eran sus cabecillas, dando lugar a un proceso sumarísimo, a consecuencia del cual fue pasado por las armas, no obstante sus aparatosos exorcismos e invocaciones a sus estrafalarios ídolos, el entonces nombrado *Tata Ezequiel*, que fue entre ellos *gran profeta*, poderoso sultán y sacerdote, con su sacramental serrallo, construido de guano y cujes, a caballete de yaguas, el cual, gracias a su arquitectura, estaba bien resguardado de profanaciones visuales, mientras que el sistema bien aplicado de *vara en tierra* ponía a raya a roedores y mosquitos».

He aquí ahora un episodio de la estrategia de los *matiabos*: «Con mil y una precauciones, fruto sazonado de cultivada desconfianza, partimos del vivaque del amable brigadier Acosta, con la que llamaremos escolta de seis de los *matiabos*, uno de ellos como práctico quien, lo mismo que sus compañeros, obtuvo licencia para descansar de la belicosa faena de la víspera. Próxima estaba ya la línea férrea, y en llegando, practicamos por ambos flancos un escrupuloso reconocimiento, mientras los *matiabos*, haciéndose a un lado, se constituyeron formalmente en *cúmbila* para consultar al *bilongo*, si nos esperaba algún desaguisado; mas presto, ellos mismos a su conjuro contestaron que no había novedad, augurio seguido de su sacramental cantinela del *cubila nganga cubilé*, precursora de un oportuno sahumero de humedecida y amasada pólvora. Un triunfo magistral de los *matiabos* fue rebasar tranquilamente aquel obstáculo, ya que su

alrededor, según una genuina frase rústica, «hasta la sabana misma se encogió el resuelto», a juzgar por el silencio que los parlantes caos y cateyes respetaron en aquellos supremos momentos; por lo cual, una vez del otro lado vímonos ilesos, si no besamos la tierra, ni de hinojos nos pusimos en acción de gracias al Altísimo, fue porque no estábamos para perder el tiempo en ceremonias». Añade luego Ramón Rosa: «La asociación atávica de los *matiabos* quedó disuelta de una vez, mediante la extrema justicia mandada ejecutar por los consejos de guerra, o por la rápida acción de los encargados de perseguir a aquellos sectarios.»

Tenemos otro documento de aquella época. *La Ilustración Española y Americana*, de Madrid, publicó en su primera plana el 15 de agosto de 1875 un grabado titulado: «*Idolo matiabo*, cogido a una partida de rebeldes en el Zuramaquacam y destinado a guardar cenizas de los españoles quemados por los insurrectos.»

Por *matiabo* se conocía también cierto ídolo que usaban los negros congos en las reconditeces de sus *palenques*, a modo de selváticas aldehuelas africanas donde ellos vivían con sus costumbres y religiones. En Cuba se aplicó asimismo la voz *matiabo* a ciertos brujos o «brujeros» que hoy más propiamente decimos *tata nganga*, vocablos congos, o *nganguleros*, con la raíz bantú *nganga* («brujo o brujería») castellanizada por una desinencia profesional («los que se dedican a *nganga* o hechicería»).

La palabra *matiabo* es también mulata, formada por el prefijo bantú del género personal singular *ma* y la voz *tiabo*, que no es sino la castellana *diablo*, o su equivalente portuguesa, deformada por el cambio de la *de* por la *te*. Esa palabra mixta fue y es frecuente en las regiones del Congo de donde venían los esclavos y éstos trataban de expresar con ella el *diablo*, como les decían los misioneros portugueses a los brujos que tenían pactos con el demonio o trabajaban a favor de éste. Según Heli Chatelain, en su libro *Folktales of Angola*, la voz *madiabu*, o sea *ma* más *diabu*, es en Angola y Congo corrupción de la portuguesa *diablo*, o sea «diablo», y la aplican a cosas de magia, superstición y blasfemos insultos. En Loanda dicen también *mariabu* a las «estrellas fugaces», que estiman espíritus inflamados. De ahí salió también el cubanismo criollo *Matiabera* que, según Manuel I. Mesa Rodríguez, es nombre que le dan en sentido despectivo

a una persona vieja que se dedica a prácticas espiritistas. Así se oye decir: «la *salá Matiabera* esa no pone los pies aquí que no traiga alguna *salasión*.»

La grotesca figura publicada, así como otra también muy rústica, son típicamente de origen bantú. No son propiamente ídolos ni objetos de adoración o latría; no son sino personificaciones antropomorfas de los espíritus que en esas imágenes son retenidos por los *tata ngangá*; como hacían los necromantes de la Edad Media cuando encerraban un diablillo familiar en una redoma para servirse de él en sus nigromancias. Algo parecido a ciertas imágenes católicas esculpidas que contienen en el interior de su pecho alguna santa reliquia de la cual esperan favores sobrenaturales. Los congos les llaman *ndoki* o *nkisi* y todavía esos muñecos se emplean en Cuba con los mismos nombres. En esa actividad, tallada en el cuerpo del *ndoki*, el brujo inserta pelos y huesos, preferentemente de una calavera tomada de un cadáver o *mfuá* recién inhumado, porque «estando el muerto fresquecito» todavía su espíritu no se ha separado del cráneo y el necromante lo puede encerrar, con otras sustancias mágicas, en el habitáculo de la estatuilla y hacerlo a sus órdenes como un *nkisi*.

El título que lleva el grabado de la citada revista madrileña es sin duda tendencioso, propio para excitar los ánimos en guerra; pero pudo partir de la errónea interpretación de un hecho cierto. Ni los brujeros ni los *matiabos* encerraban «cenizas» propiamente dichas en el vientre de sus idolejos, pues jamás quemaban los muertos; pero sí en el sentido figurado de «reliquias de un cadáver». Y al hacerlo procuraban que los despojos mortales fuesen de un difunto de superior reputación por su saber, fuerza o valentía (como médico, atleta, asesino, militar) y mejor aún si aquellos restos eran de un enemigo; por lo cual nada tiene de inverosímil que los feticheros *matiabos*, como los bantú, se apoderaran del cadáver de algún soldado o jefe español caído en combate y le sacaran trozos del cráneo para embutirlos en sus macabros fetiches.

Los pequeños cuernos o tarritos que se observan en los grabados son ejemplares de *mpaka*, o sean los aparatos de necromancia que usan los brujeros para «ver» o «mirar». Los pequeños cuernos son «cargados» de potentes sustancias mágicas y su abertura está tapada con un espejito en el cual el evidente «ve» o «mira»

así el futuro como el presente, que están ocultos para los demás. Con el *mpaka* se ve más allá del horizonte y se adivina el porvenir. Los brujos tienen muchas otras maneras de «ver» o adivinar; pero el *mpaka* es típicamente congo y su eficacia depende de su *ndoki* o composición mágica y de la fuerza y sabiduría del *nganga*.

También la «vista» sobrenatural lo logran los brujos congos por medio de iniciados y en convulsiones, los cuales hablan cosas de ultranza, como ocurre con los energúmenos o poseídos por el demonio, según los cristianos, o con los *mediums*, según los espiritistas. En este caso los brujos congos les dicen *teke* y de esa voz proceden los cubanismos o vocablos afrocubanos *terequeté* y *guateque*, y el sonsonetillo del *teque-teque zarambeque*, que fue baile popular en la España del Siglo de Oro, donde también abundaron los *tata nganga* del Congo. A las convulsiones del poseso los congos asimismo les dicen *nsimba*, de cuya palabra nació la criolla sirimba, citada por Roa, y que los actuales cubanos, que hablan español y *juegan palo* como sus negros abuelos, suelen derivar de la castellana *cimbra*, olvidando la verdadera raíz, de africano abolengo, y creando una falsa etimología española.

El pellejo de chivo relleno de los *matiabos*, a que alude López Leiva, no es sino una manera que tenían los *ngangas* de envolver la *mbumba* o «secreto», que en Cuba dicen ahora *bomba* o *prenda*, donde se encerraba el *nkisi* con sus *palos* y demás accesorios mágicos, así como hoy se depositan generalmente en una calderote de hierro o en una cazuela y a veces en un güiro, jícara o *totuma*, o en simple envoltorio o *makuto* de lona o de piel. Las voces *bilongo* y *cúmbila* son de uso frecuente en Cuba, pero empleadas erróneamente en el relato de Roa. Ni *bilongo* es un ídolo o numen, ni *cúmbila* una reunión o rueda de iniciados; pero ambas palabras son indudablemente congas.

El «sahumerio de pólvora» que hacían los *matiabos*, según Roa, no es sino el rito de quemar sendos regueros o montoncitos de pólvora (o *nfula*) que aún practican en Cuba los ñañigos para sus conjuros mágicos y los congos, además, para sus adivinaciones. Sobre un trazo de yeso rayado en el suelo se colocan sendas pilas de pólvora y se prende fuego a una de ellas; si se quema una sola, varias de ellas o todas, así será el augurio o respuesta del *nkisi* consultado.

Los cantos o estribillos de los *matiabos*, citados uno por Leiva y otro por Roa, son expresiones reiterativas de conjuros proferidos por los cofrades para que el *nganga* o fetichero y el verdadero *matiabo*, el diablo o el *nkisi*, trabajaran y averiguaran lo que aquéllos les pedían para su estrategia militar. El conjuro *Buca guango, joya guango* se compone de los vocablos congos siguientes: *buka* («ejecutar ciertos ritos mágicos»), *joya* («caer en éxtasis, convulsiones, cantar y decir lo que se ha visto por medio del *nkisi*») y *nganga* (sacerdote, hechicero, curandero, sabio»). La otra frase bilingüe ¡*Cácara, cácara, caminando!* viene de la voz conga *kákala* («despáchese, actúe rápidamente») o de *kákala* («cá-dáver»), excitando a que el muerto o *nkisi* camine o responda. El otro conjuro, que dice *Cubilé cubilinganga*, procede de los vocablos congos *ku-bilá* o *kibila-é*, con el que se apremia al *nganga* a que «hable o grite, anunciado, pregonando o prediciendo».

Como se advierte, esas ceremonias mágicas de los *matiabos* formaban parte de sus procedimientos de exploración o espionaje, que hoy se dirían «servicio de inteligencia de un estado mayor». Sin duda que aquella secta de guerreros bozales también usarían contra sus enemigos españoles, y definitivamente contra los cubanos, otros recursos de su bélica mágica: *bilongos* malignos, *makutos* cargados, *ndokis* terribles y polvos letales, amén de maldiciones espantosas; pero las crónicas nada nos dicen y nosotros nada más podemos decir.

Todos estos antecedentes demuestran acabadamente que los *matiabos* eran unos brujos o secta de brujos bantúes, congos o acaso más precisamente de Angola. Esta tendencia de los esclavos de Angola a la rebeldía en América la confirma el folklorista Edison Carneiro, en Brasil, señalando que «el negro de Angola, principalmente, era el revoltado o malandro, el hacedor de desórdenes. A estos negros debemos el *palenque* de *Palmares*, los varios *quilombos* que existieron en el país y los motines y levantamiento de esclavos».

Por esas manifestaciones de magia, indisciplina y maliciosa conducta, los *matiabos* fueron considerados como una *secta conga*. De «secta endiablada y misteriosa» la calificó Roa. Seguramente lo fue, como una fraternidad o sociedad secreta de sujetos juramentados para fines defensivos y efectuar sus ritos y embrujos. Las sectas congas en Cuba han sido y son múltiples y los *matiaberos* debieron de organizarse como solían hacer los *tata*

*nganga* en sus tierras de origen y todavía en la misma Habana y sus comarcas marginales. Y allá en los montes y *palenques*, alejados de los centros urbanos, aun desajustados con la popular cultura ambiental de Cuba y en una época de dura esclavitud, dura guerra y dura vida, cayeron fácilmente en la rebeldía, la cual, aun en sus discordancias, para ellos era humanamente heroica y para los demás fue salvajemente criminosa. El caso no es excepcional en la historia. Toda guerra revolución se acompaña de atropellos y delitos graves y a veces de atrocidades bestiales; como se ha visto siempre, hasta en las contiendas de este siglo entre las naciones más civilizadas, que Toynbee ha calificado de *ex cristianas*. No, no podemos ni abominar ni compadecernos de aquellos esclavos bozales sin antes tener bochorno y piedad de nosotros mismos.

Añadamos que no fue la de aquellos incultos bozales la única sociedad secreta surgida con propósitos disociadores en aquella guerra diezañeja de los cubanos por su libertad. Ramón Roa se refiere a que también entre los *mambises*, «en la fuerza de las Villas se había fundado una sociedad secreta intitulada *La Bella Unión*, la cual tenía por objeto, según lo expresaba una especie de manifiesto manuscrito, defender los derechos de los soldados, protestando de todo abuso, y aclarándose aquella sociedad algo así como una pandilla defensora de la *democracia* dentro del poder constituido». Esta otra *secta* no pudo prosperar porque el jefe de la fuerza libertadora «llamó a los autores de aquella locura, y con su habitual energía, deducida de lógicos razonamientos, logró, por entonces al menos, que se disolviera la tal asociación». Todos los pueblos y épocas, en guerra y revoluciones, han tenido sus *matiabos*. No hay que olvidar esta lección.